

**UNIVERSIDADE
DE
SANTIAGO DE COMPOSTELA**

**DISCURSOS
DA INVESTIDURA DE
D. FERNANDO J. DEVOTO
COMO
DOUTOR «HONORIS CAUSA»**



SANTIAGO DE COMPOSTELA

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

**DISCURSOS
DA INVESTIDURA DE**

D. FERNANDO J. DEVOTO
COMO
DOUTOR *HONORIS CAUSA*

2021

SANTIAGO DE COMPOSTELA

© Universidade de Santiago de Compostela, 2021

Fotografías

Santi Alvite

USC

Edita

Servizo de Publicacións
e Intercambio Científico
Campus Vida
15782 Santiago de Compostela
usc.gal/publicacions

Maqueta e imprime

Imprenta Universitaria
Campus Vida
15782 Santiago de Compostela

Depósito legal: C 1282-2021





LECCIÓN DOUTORAL DO
EXCMO. SR. D. FERNANDO J. DEVOTO
NO ACTO QUE TIVO LUGAR O
MÉRCORES 16 DE XUÑO DE 2021
NO PARANINFO DA UNIVERSIDADE
PARA A SÚA INVESTIDURA COMO
DOUTOR *HONORIS CAUSA* EN HISTORIA
POLA UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA





1

Llegué a Santiago por primera vez en 1992 o 1993 por invitación de Pilar Cagiao, para participar de un *workshop* con el grupo de investigación sobre migraciones que ella coordinaba. A Pilar la conocí en Argentina, en Luján, en el año de 1988, tiempos en que ella investigaba sobre los gallegos en Montevideo, y junto con nuestro inolvidable Alejandro Vázquez González y su esposa Blanca Martínez Domínguez, con quienes nos encontramos por primera vez en la última fila de un autobús, en una de esas curiosas excursiones que se organizaban en el Congreso Internacional de Historia Económica de Lovaina en 1990, eran, por entonces, mis principales referencias académicas en Galicia. Xosé Manoel Núñez Seixas, por su parte, me recuerda que nuestra correspondencia epistolar comenzó también en 1990.

En cualquier caso, aquellos eran los puntos iniciales de una trama que con los años incluiría a muchas otras y otros amigos, colegas y alumnos, varios presentes aquí, y a quienes agradezco, a la vez que les pido excusas por no mencionarlos en una lista que sería demasiado larga y nunca llegaría a ser completa, así como a otras instituciones, además de las facultades de Humanidades y Ciencias Económicas de esta Universidad. De entre esas omisiones, que no son olvidos, haré, sin embargo, dos excepciones,

una persona, Ramón Villares, y una institución, el Consello da Cultura Galega.

Aunque no recuerde bien la fecha, recuerdo bien la situación: un autobús que me dejó en una oscura noche en plaza de Galicia para hacer desde ahí dos pasos y dirigirme hasta el Hotel Compostela. Por entonces estaba enfrente el *Derby* y en las cercanías no estaba todavía *O Dezaseis*. Y digo esto no solo para mencionar a dos lugares entrañables, que ritmaron mis viajes a esta ciudad, sino para indicar, en esos dos ejemplos, los cambios en el paisaje urbano, que a su vez aluden a otros tantos cambios en el plano personal, en la historiografía, o en el mundo atlántico todo, y salir así de la fugacidad del instante o, en otros términos, de la enfermedad del tiempo corto, en la que los historiadores suelen estar inmersos, no en tanto la temporalidad de sus investigaciones, sino en la de sus percepciones.

Por ello, y recordando una vez más la expresión de Wilhelm Dilthey de que la experiencia del mundo es el primer criterio para la comprensión del mundo, querría invitarlos también a un ejercicio retrospectivo acerca de sus últimos treinta años, es decir, por usar la feliz imagen de Gustav Droysen, a rellenar el vacío del pasado con nuestros recuerdos y representaciones, para intentar construir la continuidad en el devenir. En palabras más sencillas, los vínculos entre el presente y el pasado, aunque fuese para mantener la tensión en torno a la pregunta planteada por el gran Marc Bloch, acerca de si nos parecemos más a nuestro tiempo o a nuestros padres.

A su modo, una invitación a todos a hacer un pequeño viaje personal, como si nosotros hubiéramos dormido en los últimos treinta años y al despertar encontrásemos un paisaje completamente nuevo, porque de eso se trata, de una acumulación de pequeños cambios que han transformado desde las costumbres al clima de ideas hasta la historiografía occidental. Imagen imperfecta, claro está, porque los pasajeros, nosotros, al igual que el

paisaje, también hemos cambiado, a mayor o menor velocidad y cualquiera haya sido nuestra interacción con él.

Una invitación a recordar el viaje, más necesaria, se dirá, en tanto hemos escuchado en muchos lugares, y en especial en Francia por boca de François Hartog, que estaríamos insertos en un nuevo régimen de historicidad «presentista», que habría sustituido al moderno, que había abierto a la vez el futuro y el pasado, según la reconocida e influyente reflexión de Reinhart Koselleck.

Sin embargo, prefiero recorrer aquí otra vía. Abramos un libro publicado en 2021 por Adriano Prospero con un título emblemático, *Un tempo senza storia*, que lleva como subtítulo *La distruzione del passato* y luego retrocedamos más de 25 años hasta 1994. En ese año Eric Hobsbawm publica su exitoso *El siglo breve*. Casi al comenzar nos dice: «La destrucción del pasado [el subtítulo utilizado por Prospero] o mejor la destrucción de los mecanismos sociales que conectan la experiencia de los contemporáneos a las de las generaciones precedentes es uno de los fenómenos más típicos y a la vez más extraños de los últimos años del novecientos».

Y sin embargo estas reflexiones acerca de un tiempo sin historia no se corresponden con mis recuerdos de los últimos treinta años. Desde luego, se dirá, un tiempo sin horizontes de expectativas, pero la crisis de la idea de futuro, no de la de porvenir, no significa que entre aquel momento inicial y el actual no hayan pasado muchas cosas, aunque desde luego sean bien comprensibles aquellas reflexiones de Hobsbawm, ellas venían a dar cuenta de lo que se llamó la «crisis de los grandes relatos», primero, y lo que no se llamó, sino fue, el colapso del socialismo real, después.

Se dirá también que nosotros allá en el sur, y ustedes acá en el finisterre, no hemos navegado en estos años tiempos en medio de tempestades, de epopeyas, o tragedias, y que nuestras

experiencias han sido así tan diferentes, tanto más banales que las de un Alfonso Castelao, cuyas oscilaciones en la tormenta ha tan bien restituido Xosé Manoel Núñez Seixas, o un Francisco Fernández del Riego a quien un puro azar salvó de la catástrofe al comienzo de la guerra Civil (dos figuras eminentes de la constelación galleguista que transitaron por esta Universidad) pero incluso que las ya bastantes menos terribles en aquella Argentina de los cincuenta-sesenta de un José Luís Romero o un Tulio Halperin Donghi, dos de nuestro historiadores más importantes.

¿Pero cómo estaban las cosas en la historiografía a principios de los años noventa, cuando caminos plenos de azares y encrucijadas me trajeron hasta Santiago? Y creo que todos me permitirán que proponga un retrato que, en su grado de generalidad, no aspira a ninguna representatividad y que, aun admitiendo un recorte hacia un mundo euroatlántico que incluya a Galicia y a la Argentina, y hacia ciertos grupos de referencia y prestigio en la profesión, será siempre una sinécdoque. Desde luego se podría admitir que los años noventa eran tiempos en que mucho se hablaba de la «crisis de la historia» y en que soplaban los nuevos vientos, tanto de la historia cultural como de las historias identitarias; en que el giro lingüístico, en pleno ascenso, encontraba ya sin embargo serios obstáculos en encuentros como el organizado por Saul Friedlander en 1990: *Probing the limits of representation: Nazism and the «final solution»*.

En otro territorio, por su parte, todavía batallaban E.P. Thompson y la historia social británica, junto a sus aliados continentales, que suelen agruparse bajo la denominación de microanálisis o microhistoria, bajo la enseña no solo de social contra cultural, sino también de *experiencia* contra *representación*. Estela en la que podíamos colocarnos los amigos compostelanos y yo, en esos años, con los trabajos sobre cadenas migratorias, asociaciones étnicas y liderazgos. Personas concretas en situaciones concretas. Una historia social federada además con la historia económica, en la que por su parte pervivían los ecos de la gran

estación de los estudios sobre el desarrollo y el atraso, o la historia agraria a la manera ejercida por Lorenzo Fernández Prieto y sus maestros, pero contra la cual pugnaban, ya y desde antes, con poca filología y erudición —y muchas matemáticas— los econométristas. Y en este punto no estaría de más recordar la ejemplaridad del trabajo de Alejandro Vázquez.

Y todavía más allá, en otros campos, la multidisciplinaria historia intelectual se abría camino contra la clásica historia de las ideas, desde Bielefeld o Cambridge, y crecía lo que iba a empezar a llamarse «nueva historia política», ahora emancipada de las constricciones estructurales, en lo que no todo era ganancia, y que reunía tantas cosas distintas. Más allá aún emergían con fuerza los estudios memoriales, junto o en pugna con los estudios históricos, y que, dejando de lado los puntos comunes y los contrastes entre dos formas de aproximarse al pasado, espejaban el peso del pasado por sobre el peso del futuro en las sociedades contemporáneas o, en otros términos, el peso del patrimonio por sobre el de la *prognosis*, y en este punto podría ser suficiente recordar que, según Salvatore Settis, hacia 1821 había en el mundo poco más de 30 museos, todos en algunos pocos países europeos y que hoy un número mínimo puede ser 60.000 en todo el mundo.

Desde luego, bien podría recordarse también que el universo memorial incluye ahora muchas nuevas cosas diversas, materiales y conceptuales, más allá de los clásicos lugares de memoria, a comenzar por la reflexión y la operación sobre los olvidos activos y pasivos. Empero, si se pasaba de los sectores disciplinares a los fundamentos, bien podrían anotarse otros temas fuertes ya en el nuevo milenio, como el estallido de lo social bajo el impulso de las historias identitarias, que expandían el apogeo del multiculturalismo, o la *gender history*, o la discusión sobre escalas temporales y espaciales, que llevaba hacia la *world history* o la *global history* contra las historias nacionales, y con o contra la microhistoria, a las historias cruzadas o conectadas contra la

historia comparada, y para todo lo cual algunos mojones pueden indicarse, como el número especial de la revista *Annales* de enero-febrero del 2001, o el Congreso Internacional de Historiadores de Oslo de 2002.

De todos esos y otros problemas, de los que no se da cuenta aquí, quisiera concentrarme en uno y en dos codas, entrelazadas, que creo permiten englobar a una parte de aquellas contraposiciones, esperando que se me permita hacer una evocación en el largo plazo a partir de un eje: la cuestión del lugar o de la situación de enunciación del historiador, el *hic et nunc*, que exploraremos sumariamente desde una dicotomía que llamaremos local/nacional-cosmopolita.

2

En su lección inaugural en el 2013 en el Collège de France, titulada *Aux origines de l'histoire global*, Sanjay Subrahmanyán señalaba que «como cualquier historiador yo sigo apegado a un lugar y a espacios particulares», en lo que refería a los de su formación, aunque al enumerar esas deudas señalaba apenas textos, archivos e imágenes. En una forma que era, a la vez, más económica y perpleja lo había dicho Jorge Luis Borges en algún lugar: que no podía ser otra cosa sino argentino. Pertenencia como inevitabilidad. Aunque, desde luego, bien podría responderse que había tanto muchos modos de serlo, como muchos usos de una identidad, ya que, a diferencia de la rigidez de la temporalidad, del *nunc*, siempre es problemático delimitar el aquí (*hic*), ya que lugar de pertenencia y lugar de referencia no son lo mismo, así que creo legítimo discutir acerca de las relaciones entre historia local/nacional y cosmopolita (y permítaseme usar esta vieja palabra y no aquellas de transnacional o global). La dicotomía, que como toda dicotomía es esquemática y estilizada —y que podría caer bajo la severa censura que Henri Bergson empleaba contra las «etiquetas»—, trata de aludir a varias cuestiones

diferentes, desde el problema del punto de vista del investigador al problema de las implicancias de la escala en la que se estudia un tema. Permítaseme un recorrido conjetural.

En el tratado más antiguo conocido sobre cómo había de escribirse la historia, Luciano de Samosata argumentó que el historiador ideal, además de ser un juez imparcial, independiente y sobrio estilísticamente, era preferible que no tuviese ni rey, ni ley, ni patria. Apólida, diríamos. Y como fuera observado, muchos de los mayores historiadores griegos lo eran, a comenzar por Heródoto, primero exiliado luego emigrado, al igual que Tucídides, desterrado. Ambos, además, se proclamaban imparciales y por encima de las pasiones de sus contemporáneos y Heródoto escribió incluso que, dado que los hombres siempre preferirían sus propios usos y costumbres a los de otros, sería absurdo no tomar con respeto a las creencias extranjeras. Sin embargo, hay un matiz entre ambos, ya que todos reconocían en Tucídides a un historiador imparcial, pero también a un ateniense, así como lo hay con una tercera figura, Polibio, defensor además de la historia universal, a la manera en que eso entonces podía entenderse, pero que sutilmente no dejaba de narrar una historia inclinada a las perspectivas romanas.

Desde luego, también en el mundo antiguo estaban los historiadores deliberadamente «patrióticos», diríamos, desde Éforo a Tito Livio, y a estos podía agregársele el auxilio de eruditos que llamamos anticuarios, preocupados en recoger los restos de la propia ciudad. Sin embargo —tal vez y quizás los expertos podrán decirlo mejor que yo—, el legado de la historiografía antigua fue mucho más el cosmopolitismo que otra cosa. Y, sobre todo cuando fue cosmopolita, fue una historiografía en lengua griega escrita por griegos.

Permítaseme un salto desde la historiografía antigua a los orígenes de la historiografía moderna, que, desde Arnaldo Momigliano, solemos filiar en la convergencia en el siglo XVIII

entre anticuaria y filosofía de la Ilustración, que, con sus ideas de perfeccionamiento primero, de progreso, después, ordenaba y otorgaba un «sentido» a una narración que de ese modo podía elevarse, por decirlo al modo de Benedetto Croce, de la crónica a la historia.

Como se recuerda, Arnaldo Momigliano, cuyo cosmopolitismo acentuaron tanto el exilio como la guerra y la catástrofe familiar, había indicado en Edward Gibbon y su *Declination and Fall* la primera obra histórica moderna resultado de esa convergencia. Gibbon, ciertamente otro historiador de vocación cosmopolita, que narraba una historia también ella en amplios espacios, y que, a su modo, coronaba un siglo y un movimiento de ideas, la Ilustración, que —no sin ambigüedades— también había querido serlo. ¿Y debemos recordar que Immanuel Kant escribió *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*?

Sin embargo, quisiera sugerir que en ese siglo XVIII había en la historiografía, además de en la filosofía de la línea maestra Hamman-Herder, otra vía para ir de la erudición anticuaria a la historia, para encontrar un sentido al trabajo sobre el pasado que se elevase de la mera acumulación compiladora de datos. Esa vía pasaba por otras ideas alternativas que estaban en el siglo: nación, genio nacional, individualidad. Ello podía aplicarse a un objeto él mismo cosmopolita, si se quiere, y aun ejemplar, pero leído a partir de la categoría de la singularidad, o aún de excepcionalidad, como en el caso de Winckelmann y el arte griego, que por otra parte en el prólogo a su historia del arte en la antigüedad se explaya contra los eruditos en defensa de una obra razonada con «sentido histórico»; o en otra historia que, como argumentaba convincentemente Carlo Antoni, era, a la vez, la historia patria de un pequeño lugar y una meditación sobre la nación alemana, la *Historia de Osnabrück* de Justus Möser.

Al margen del esquema teleológico y progresivo de la tarda Ilustración y en pugna con esta se construía otra noción:

la nación entendida como una unidad de sentido y de destino, cultural y lingüística, como un cuerpo, a menudo, no siempre, pensado también en términos de organismo. Romanticismo y nacionalismo: dos nociones inseparables, como diría Huizinga. Un romanticismo, por lo demás, destinado a una larga vida posterior y uno lo encuentra con sus especificidades en obras como el *Ensayo histórico sobre la cultura gallega* de Ramón Otero Pedrayo de 1933. Libro destinado a una larga fortuna posterior, a ambos lados del Atlántico, escrito por un intelectual sobre cuyos meandros, idas y retornos, tanto ha reflexionado con agudeza Ramón Villares, o todavía y más acá, por poner otro ejemplo, una música familiar aparece en la póstuma *Historia Argentina* de José Luís Busaniche (1965); y, además, se podría recordar al pasar que Federico Chabod, hacia 1959, poco antes de morir, envuelto en una exasperada polémica, escribió que no renegaba ni una onza de la idea romántica de nación, un tema sobre el que había escrito páginas perdurables.

Nada hay sorprendente aquí, la expansión de las ideas nacionales acompañó con fuerza la paralela expansión de la historiografía occidental. Lo que no dice que la historiografía con vocación cosmopolita, o que reposaba en una concepción del mundo universalista, cientista o internacionalista, no dejase de desarrollarse en paralelo, desde Burckhardt a Hobsbawm, pasando por Pirenne (no sin ambivalencias) y Bloch, por poner algunos pocos nombres ilustres. Y, aunque Meinecke, en 1938, podía citar con complacencia a lord Acton, cuando afirmaba que el pensamiento histórico de Gibbon —y él agregaba de la Ilustración toda— pese a su aporte original estaba ya tan lejos del pensamiento histórico moderno como Copérnico de la astronomía moderna, las cosas anduvieron diversamente.

Empero, más allá de vocaciones, modelos de ciencia o ideologías justificadoras de opciones, existían también ambivalencias y entrecruzamientos. Veamos rápidamente las argumentaciones de dos eminentes historiadores que circulaban por andariveles

diferentes, pero no exentos de aperturas: Friedrich Meinecke y Johan Huizinga.

En 1907 Meinecke publica *Cosmopolitismo y estado nacional* que, contra lo que su título podría sugerir, es un admirable ejemplo de historia nacional. La génesis del estado nación alemán es indagada en el plano de las ideas, en especial las de la tradición romántico-conservadora, y en el plano de la política. El autor descarta tanto la pertinencia de pensar procesos sometidos a leyes universales, válidas para diferentes naciones y estados, como también la utilización de conceptos autosuficientes, en tanto cada caso es irreductible en su individualidad, y cada concepto está inevitablemente contaminado por su opuesto. Con todo, el proceso narrado está organizado en torno a distintas polaridades, en una suerte de *concordia discors*: cosmopolitismo-nacionalismo, naciones territoriales-naciones culturales, individualidad singular-personalidad colectiva, pero también ella singular (o de Humboldt a Ranke), Francia-Alemania, Alemania-Prusia, sufragio universal-sistema electoral de las tres clases, etc.

De ese libro tan rico quisiéramos retener tres problemas que plantea Meinecke en torno a la relación entre estado nacional y lo que hoy llamaríamos historia global. El primero es que las conexiones entre diferentes estados nacionales pueden ser tanto fecundas como infecundas, pueden signar encuentros como rechazarlos (un modo menos optimista de mirar las cosas que en los tiempos actuales). El segundo es que, aun si la historia universal no es más que un entrelazarse de procesos nacionales y universales, de acuerdo con Otto Hintze, la tarea del historiador es desenredar esos múltiples hilos, porque la divisa del historicismo es la indagación de lo particular, no de lo general. El tercer punto es que, admitiendo la necesidad de un diálogo y aun una armonía entre la idea cosmopolita y la idea nacional, ello tenía para él algo de ilusorio, y era más fácil de postular que de verificar. Sin embargo, el conjunto de la obra de Meinecke sugiere otra dualidad: admitir el cosmopolitismo constructor en el plano de

las ideas pero reducir al ámbito nacional la lógica de la acción política. Johan Huizinga, en cambio, fue, además de un padre noble de la historia cultural, un modelo de historiador cosmopolita, y aun su voluntad también de unir lo particular y lo general era desde una perspectiva inversa, en la que el polo dinámico conceptual era lo general, ya que el objetivo del historiador debe ser describir los grandes fenómenos civilizatorios (las formas que los identifican) antes que otra cosa.

Y en este clave, no en la del estado, deben pensarse sus reflexiones, que ya desde el célebre *Otoño* hasta numerosos ensayos desplegados desde aquel sobre los ideales de vida inspirados en la historia de 1915, hasta la conocida conferencia en Santander de 1934. Aunque no eluda consideraciones sobre caracteres, tradiciones, idiosincrasias nacionales y no deje de hacer una apología de la propia nación, aunque viéndola como parte también de algo más grande Europa, a cuya armonía entre los distintos tipos culturales apuesta, deliberadamente toma distancia de una consideración de la nación que la viese como un complejo orgánico y evolutivo y más aún signado por una unidad pasado-porvenir. Por el contrario, y lo mostraba para él el caso holandés, podía haber una diferencia importante en herencia étnica y lingüística y la construcción por la acción humana de otras afinidades. Por otra parte, las grandes épocas civilizatorias tienden hacia algo, hacia un fin, dice Huizinga, pero que no es circunscrible en estrechos límites, y no lo es porque, como escribió, los ideales históricos universales son distintos de aquellos histórico-nacionales, más angostos, promovidos por el historicismo.

El nacionalismo para Huizinga promovía no ideales de vida a imitar, sino símbolos nacionales y, claro está, su objeto polémico era la tendencia alemana de «convertir todo el pasado nacional en símbolos vivientes de la potencia del pueblo», como escribió. Y, sin embargo, más allá de la polémica inherente al momento, 1915, la contraposición entre símbolos nacionales, cuya fuerza deriva de la exclusividad de la apropiación por un

grupo, mientras es indiferente para otros, e ideales universales, me parece particularmente fecunda para pensar la construcción de narraciones históricas. Y detenerse en Meinecke y en Huizinga es también porque en ellos la tarea del historiador no era ociosa sino ética, comprometida con sus tiempos y engarzada en sus opciones intelectuales y vitales, como muchas referencias en sus textos lo atestiguan, por no decir los argumentos mismos de sus libros.

Acerca de la estación de la primera mitad del siglo XX quisiera aludir a que todas las incitaciones que surgieron luego de la catástrofe de la primera guerra Mundial contra la historia nacional y sus responsabilidades, ahí donde las había, y en favor de una historia cosmopolita, no fructificaron y he ahí que luego de la segunda guerra volverían a reproponerse, con las mismas ambiciones.

Un ejemplo emblemático es Fernand Braudel, con sus tránsitos de la historia del mundo mediterráneo a una historia de la economía del mundo en la cual embarcó a muchas de las energías de la entonces llamada *École Pratique des Hautes Études VI Sección*. En 1979 veía la aparición de *Civilización material, economía y capitalismo*, que tuvo una larga recepción más allá de los cultores de la profesión, y variadas reticencias críticas y que también podía ser vista como un nuevo punto de partida de otra secuencia de miradas sobre grandes espacios en la *longue durée* como el Carrefour Javanais, en las intersecciones entre los polos hindú y chino, de Denys Lombard (1990), o diez años más tarde *The Great Divergence* de Pomeranz. Y sin embargo podía colocarse en paralelo otra secuencia: la de las grandes historias nacionales en colaboración. En 1979 también aparecía el primer volumen de la extensísima *Historia de Italia* dirigida por Giuseppe Galasso bajo el postulado del historicismo, y que agregaba un eslabón más a un género muy cultivado en Italia, de Benedetto Croce a Gioacchino Volpe, o a la de un decenio precedente einaudiana *Storia d'Italia* dirigida por Ruggiero Romano y Corrado Vivanti.

Pero el género seguiría cultivándose aquí y allá, en Argentina, por ejemplo, con dos desiguales iniciativas colectivas paralelas, entre fines de los 90 y los 2000, y en España con la reciente y feliz *Historia de España* que coordinaron Josep Fontana y Ramón Villares. Historia de imperios, historia de naciones. ¿Debemos recordar que el continente condiciona no poco el contenido?

Por lo demás, el mismo Braudel, luego de tantas navegaciones, iba a dejar, sin embargo, como obra póstuma, *La identidad de Francia*, un retorno de la historia global a la historia nacional. Asimismo, incluso, en esa segunda posguerra en la que finalmente un marxismo académico se hacía sentir con fuerza en torno a perspectivas de ambiciones globales, o al menos euroatlánticas, pronto se iba a ver que ellas se declinarían a menudo en términos estrictamente nacionales, como en el caso italiano, organizado en torno a la tradición historicista que fuera llamada también nacional-popular y no es necesario recordar aquí en España el caso de la historiografía catalana.

Empero, regresemos a ese momento también ambiguo de principios de los noventa que evocamos al comienzo.

3

Dos palabras podían sintetizar las nuevas tendencias a las que aludimos en el comienzo: la historia global y la historia (o la palabra) transnacional. Por esos años noventa los historiadores de las migraciones que nos reuníamos aquí en Galicia podría decirse que, como monsieur Jourdain, hablábamos en prosa sin saberlo: hacíamos, sin definirla, una historia transnacional porque lo era nuestro objeto-sujeto. Empero, ¿es el objeto suficiente para definir el modo de aproximación como nacional o cosmopolita? Por lo demás, no siempre éramos consecuentes como no lo son los historiadores transnacionales actuales. Finalmente, ¿que debíamos buscar?: ¿la persistencia de las identidades en la «diaspora» o los cambios que en las mismas introducían los diferentes

contextos? He ahí un problema que podría evitar la mera descripción: herencia cultural *vs* medio / contexto.

Desde luego, si se nos podía considerar cosmopolitas no estábamos solos: en esta misma Santiago, en ese momento, cómo no recordar el notable congreso que aquí se organizó en torno a *Os nacionalismos en Europa pasado e presente*, una propuesta de colocar al ascendente nacionalismo gallego en un horizonte historiográfico renovado y en el marco de perspectivas comparadas. Aquí el objeto era nacional y también el interés de los organizadores, pero la aproximación no lo era.

Pero volvamos a la historia global: ¿tendrá éxito este nuevo intento de desplazar a la historia nacional? Subsisten no pocos problemas, más allá de los más obvios, como la perdurabilidad de los estados nacionales como puntos de referencia para las personas corrientes, de la persistencia de las extremas derechas que reflejan, entre otras cosas y, además, malestares ante la globalización y de la fortaleza de muchos nacionalismos subestatales. Anotemos algunos: la nueva historia global, más allá de algunas definiciones recientes a celebrar, que buscan propiciar un diálogo «a la par» (y eso no se refiere solo al tratamiento de los datos históricos —lo que implica un dominio de las fuentes en lenguas muy diferentes— sino al diálogo igualitario entre puntos de vista diferentemente situados), sigue siendo realizada, por ejemplo en las revistas europeas de prestigio, muy mayoritariamente o por europeos o por investigadores procedentes de lejanos lugares pero que han estudiado en universidades del norte. Por lo demás, en varias cuestiones, en términos historiográficos, no es claro que la nueva historia global haya sustituido con ventaja a las reflexiones en términos de centro-periferia, intercambios desiguales y críticas a las hegemonías culturales. Y si no fuera otra cosa, la terrible pandemia debería recordarnos la utilidad hermenéutica de aquellas viejas ideas. En ese marco, ¿son verdaderamente un contrapeso los anglosajones estudios culturales decoloniales o poscoloniales? Por otra parte, miradas desde el

hoy, las aproximaciones supranacionales, aunque relucen, no son hegemónicas, en los ámbitos que conozco, sino que coexisten con las clásicas historias nacionales, que pueden declinarse también en conjuntos subnacionales y/o locales, en tanto lo local sea una ilustración a pequeña escala de lo nacional.

Desde luego es sencillo indicar algunos factores que favorecen en tiempos recientes a la historiografía cosmopolita, como el proceso de globalización, económico, institucional y comunicacional y la percepción que nos invade de estar sumergidos en ellos. Empero, no se trata solo de eso y no sería inútil recordar los inusitados avances del proceso llamado de profesionalización con la masiva conversión, si se me permite, de los intelectuales en profesores. Así, a la hora de pensar la relación historia nacional-historia cosmopolita, no se puede ignorar el papel de los recursos materiales que posibilitan la circulación de investigadores y las publicaciones, combinados con los requisitos que imponen los sistemas de evaluación, tanto de trayectorias como de proyectos, alentando y premiando la internacionalización de las trayectorias, la elección de ciertos temas, «transnacionales» y el idioma inglés.

Como se nota, hay acá procesos vinculados al necesario diálogo del historiador con su tiempo, pero no parece razonable dar por muertos a estados nacionales y nacionalismos, y otros absolutamente arbitrarios y vinculados a modas pasajeras, o aún en modo más problemático, a la subalternidad en relación con instituciones, sean privadas que públicas, que poseen los recursos suficientes para incentivar un tipo de investigación por sobre otra.

Todo paisaje uniforme, se sabe, es empobrecedor y, si nos acercamos lo suficiente para percibir la diversidad, existe, detrás de la aparente uniformidad, una pluralidad de circuitos de legitimación y financiación con una doble lógica nacional-internacional, que tiende a matizar la cuestión y un ejemplo son los sistemas de evaluación que han terminado superponiendo lógicas globales y nacionales.

Por lo demás, las lógicas profesionales y la construcción de *cursus honorum* estandarizados, que limitan la iniciativa de los investigadores, en especial jóvenes, al colocarlos en la tensión entre las propias inquietudes intelectuales y la jaula de hierro del *de pane lucrando*, o peor aún ante la tentación de la búsqueda del puro suceso personal académico o mediático, pueden ir en un sentido o en otro. Asimismo, del lado nacional es necesario recordar que el involucramiento de los historiadores en los procesos memoriales y patrimoniales, ellos también en expansión como señalamos, está muy sesgado hacia ámbitos nacionales o locales, aunque en algunos casos abiertos a comparaciones y a colaboraciones internacionales.

Un balance, entonces, más ambiguo de lo que parece si se miran simplemente algunos lugares internacionales de prestigio y no habría que olvidar las zonas grises y las hibridaciones. Piénsese, por ejemplo, en lo que ahora se llama *microhistoria global*, cuya potencialidad interpretativa es todavía un enigma, o en las encrucijadas propuestas por las nuevas historias mundiales de naciones, que buscan abrir la narrativas nacionales más allá del marco del estado nación, que en algunos casos, como Francia, suscitó vivaces polémicas, mientras que acerca del caso español podría contestar mejor su coordinador Xosé Manoel Núñez Seixas.

Asimismo, aún subsisten, afortunadamente, otras vocaciones. Si se atiende a ellas, y se postula una continuidad con las inquietudes intelectuales precedentes, se debería señalar la elección de la escala como una opción vinculada tanto al problema elegido como a las preguntas formuladas por el investigador, de donde el juego de escalas aparece como una afortunada expresión para definir desde una perspectiva objetivante los problemas del investigador, orientando así a elegir en la opción nacional-global, según las preguntas. Sin embargo, es claro que aquí estamos, en cualquier caso, en una opción conceptualmente válida para todo lugar y en ese sentido, cosmopolita.

En la vereda contraria, aquellos que creen en la centralidad del problema del punto de vista, de las perspectivas del sujeto, sea entendidas a lo Max Weber, en tanto las referencias a los valores en el origen de toda investigación, sea, más radicalmente, como la imbricación inevitable del sujeto con el objeto de la investigación, y que fuera la divisa más aún del *historismus* que del *storicismo*, y que definía así la prioridad del presente en la reflexión sobre el pasado. Pero esto es equivalente a postular el compromiso del investigador con su situación en tanto punto de partida de toda reflexión. Bien podría sacarse de acá un argumento contra Luciano de Samosata (y contra Ranke).

4

Codas: veamos muy rápidamente el problema no menor de la vía anticuaria y la vía histórica de aproximación al pasado, admitamos que los anticuarios interesados en el pasado sin estar interesados en la historia (es decir en el sentido), y que en los nuevos tiempos son tan dominantes en especial entre los académicos, desempeñan también un papel positivo, como insisten Anthony Grafton o Carlo Ginzburg, aunque la anticuaria ahí defendida no sea la de la pura curiosidad, sino aquella que era deliberadamente empleada como un instrumento contra el pirronismo. Desde luego que, intencionado o no, de todos modos, el amor erudito por las verdades singulares, por la exactitud de los hechos, contribuye implícitamente a defender a la historia de los ataques de relativistas de ayer y hoy. En este sentido, la historia profesional *peer review*, sea cosmopolita o local, a menudo ambas nuevas anticuarias, sin preguntas ni problemas, también cumple un papel positivo al proveer conocimientos ciertos y validados.

Abordemos, en cambio, la cuestión del público, que bien podría resumirse en el título de un libro de 1949 de Francisco Ayala: *Para quien escribimos nosotros*. No se dice nada nuevo si se alude a la superproducción de *papers* académicos actualmente

existente alimentada por el crecimiento de adeptos a estudiar el pasado, amateurs o profesionales, por las incitaciones del *publish or perish*, o por la inflación artificial de ediciones que promueven los fondos de investigación que emancipan la lógica de la edición de la lógica del mercado y también del interés del público. Conocidos también los artículos que advierten desde hace más de una década y desde revistas prestigiosas acerca de la alarmante caída del número de lectores por publicación y sobre lo que nos hemos detenido en otro lugar. En cambio, quisiéramos postular que, si las historias nacionales en el idioma respectivo pueden tener un público amplio, que excede el ámbito de los profesores de historia, las investigaciones cosmopolitas en editoriales o en revistas académicas de prestigio, en idioma inglés o no, difícilmente accedan más allá del universo de los mismos practicantes del oficio en el mismo subsector disciplinar. Y escribir para un público de esas características claramente no obliga a aguzar las destrezas escriturarias. Suele escribirse mal y en forma a menudo tan simplificada como paradójicamente legible solo para los miembros de la tribu. El inglés y los editores colaboran asimismo para crear un lenguaje estandarizado e impersonal, sin paleta de colores. Lo que es importante, si creemos que el lenguaje es un vehículo de transmisión de una cultura específica, de una cierta mirada sobre el mundo, que es *energeia* antes que *ergon* y supongo que mis amigos y colegas compostelanos que hablan y escriben en gallego así lo creen. Más allá, se trata de escribir porque tenemos algo para decirnos a nosotros y a los otros, en el rincón del mundo que nos haya tocado.

Llegados hasta aquí, y más allá de nacional o cosmopolita, solo me queda recordar que la historia se ejerce y argumenta de muchos modos y que estoy aquí no para prescribir sino para participar de un diálogo interminable. Desde mi perspectiva, una entre tantas, la historia debe atender primero a la crítica de la información que recibe, luego a la producción de aquellos conocimientos plausibles, verificados, validados en un océano de

conocimientos inciertos, y a la promoción de una reflexión sobre el devenir, ya no entre pasados verdaderos y futuros necesarios, sino entre *path dependence* y *prognosis*. Y más allá aún, preservar, como decía un viejo profesor, *encore des illusions*.

Agradezco al señor rector y demás autoridades, a mi padrino, a las señoras y señores profesores, a los miembros de la comunidad compostelana, por este inmerecido honor que me confieren. Y tengan la seguridad que lo interpreto como lo que es: un reconocimiento a una vieja amistad entre Galicia y Argentina.

Moitas grazas.

**DISCURSO DE GABANZA DO
DOUTORANDO PRONUNCIADO POLO SEU PADRIÑO
O DOUTOR D. RAMÓN VILLARES,
CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
DA FACULTADE DE XEOGRAFÍA E HISTORIA**





Agradezo a oportunidade de pronunciar a *laudatio* de Fernando Jorge Devoto, novo doutor *honoris causa* por esta pentasecular Universidade de Santiago de Compostela. Aínda que tiveren a fortuna de participar en varias cerimonia, como reitor, como padriño e como recipiendario, esta é a primeira vez que actúo de padriño na miña *alma mater*, o que non deixa de ser, alén dunha honra, un pequeno desafío. A honra débolla ao señor reitor, pero tamén aos colegas que asinaron comigo a proposta a favor do profesor Devoto no antigo Departamento de Historia Contemporánea e de América, a profesora Pilar Cagiao Vila e os profesores Lourenzo Fernández Prieto e Xosé Manuel Núñez Seixas. Calquera deles podería estar hoxe nesta tribuna, polo que considero que as boas palabras que eu poida pronunciar tamén lles corresponden a eles.

Déixenme dicir que chegar ata este momento non foi un camiño doado, despois de anos de ter sido iniciado, pois os efectos da pandemia tamén se deixaron sentir neste proceso. Pero a *fortuna*, como se dicía na literatura política renacentista, acudiu na nosa axuda e permitiu que a forza da nosa vontade —falar de *virtú* sería excesivo— dominase os ímpetus daquela veleidosa e inesperada deusa e désemos chegado a este acto.

O desafío é outra cousa, porque para min Fernando Devoto foi primeiro un investigador arxentino ao que seguía a

través das súas publicacións que, como logo direi, son extensas e de gran valor, pero que cadraban en campos temáticos parcialmente afastados da miña especialización profesional. Porén, debido a circunstancias tal vez fortuítas, acabamos partillando intereses historiográficos e, tamén, tarefas de organización de congresos e de avaliación científica de centros e de proxectos de investigación, nomeadamente durante un período de catro anos que, por encomenda do goberno da República Portuguesa, tivemos ocasión de traballar e convivir en Lisboa e noutras capitais do país irmán. Foi unha experiencia da que saíron afectos que teceron unha admiración intelectual e unha amizade persoal continuada ata o día de hoxe.

Despois do discurso pronunciado polo profesor Devoto, todo o que eu poida engadir corre o perigo de non estar á súa altura. Pero a miña obriga é presentar perante o claustro desta universidade as razóns que tivemos os propoñentes para postular a súa candidatura. Aquelas razóns subliñaban que se trataba dunha traxectoria académica e investigadora extraordinaria, repartida desde a cidade de Buenos Aires por moitos países americanos e europeos, nos que están incluídas varias universidades españolas. A súa periódica presenza na universidade de Santiago de Compostela permitiu que orientase investigacións, impartise memorábeis seminarios e xulgase varias teses de doutoramento, podendo considerarse inspirador dos estudos migratorios desenvolvidos en Galicia. Como se afirma nunha extensa entrevista ao noso doutor que acaba de ser publicada na revista italiana *Passato & Presente*, Devoto é «uno dei piú grande storici latinoamericani negli ultimi decenni», en palabras do seu entrevistador, Núñez Seixas.

Alén desta presenza universitaria, debo subliñar a estreita colaboración que o profesor Devoto prestou durante máis de vinte anos ao Arquivo da Emigración do Consello da Cultura Galega, onde tamén animou publicacións como a revista *Estudos Migratorios*, participou en numerosos encontros —nos que a

perspectiva comparada entre Europa e América foi unha constante— e mesmo editou libros, entre eles o de Alexandre Vázquez, que é ata hoxe a obra máis sólida feita entre nós sobre a emigración galega ao continente americano. Non sería, pois, ningunha desmesura dicir que o Consello da Cultura Galega, que non pode atribuír honras académicas como esta, pode sentirse partícipe deste doutoramento *honoris causa* concedido pola mi-nerva compostelá.

Estas breves palabras, que entendo como un introito institucional, deben ser seguidas dunha reflexión algo máis extensa sobre a biografía de Fernando Devoto, as súas principais achegas como historiador e como intelectual, algúns dos seus mestres e colegas de oficio, sen esquecermonos da lexión de discípulos que logrou ter en moitos centros universitarios, desde a súa *alma mater* porteña, a mítica UBA, ata outras universidades arxentinas (Mar del Plata, Quilmes, San Martín, Tandil...), que se complementou coa súa presenza constante en moitos centros de educación superior en Europa, como logo se dirá.

El acaba de pronunciar un discurso no que non sei que máis admirar: se a beleza da súa retórica ou a densidade do seu pensamento. Ten dito moitas veces que se considera un «historiador de oficio», isto é, un practicante daquel *métier d'historien* ao que Marc Bloch lle deu substancia nos anos de resistente na segunda guerra Mundial. Ter oficio ou pericia de historiador podería reputarse como exemplo de positivismo erudito e de relativismo interpretativo, pero nada disto aflora no pensamento e na prosa do historiador Devoto, como tampouco estaba na prosa do historiador Bloch, entregado a unha loita que estaba a anos luz da propia dun historiador de gabinete... Volverei sobre este asunto máis adiante.

Antes debo trazar un breve cadro da súa biografía intelectual que permita confirmar, por se ficase algunha dúbida, o acerto da universidade de Santiago ao lle atribuír esta superior condecoración académica. O primeiro é situar o novo doutor no

contexto nacional e internacional da súa disciplina. Podemos co-ller emprastadas palabras súas para dicir que se considera un historiador nacido e educado nun «país de historiadores» cunha tradición historiográfica na que se atopan nomes ilustres, desde Bartolomé Mitre ou Rómulo Carbia ata os imprescindibles e máis próximos José Luis Romero ou Tulio Halperín Dongui que, de modo indirecto, foron os seus mestres máis influentes.

Esta conciencia de formar parte dunha cadea intelectual está presente en toda a obra historiográfica de Fernando Devoto. Como os seus devanceiros e mestres, está dedicada a desentrañar a construción do discurso histórico no marco da cultura e da política arxentinas, explicando deste modo a influencia dos historiadores na fixación do que un deses mestres, José Luis Romero, chamaría «las ideas políticas de la Argentina». Posición que el revisou no seu primeiro libro, *Los nacionalistas* (1983) e máis cumpridamente en *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna* (Siglo XXI, 2002), unha obra de madurez na que trata de confrontar o nacionalismo arxentino á luz das grandes teorías europeas do feito nacional. Como os grandes historiadores occidentais, o profesor Devoto nunca se sentiu alleo aos problemas do seu tempo, en primeiro lugar os atinxentes á construción dos estados nacionais.

Esta preocupación intelectual manaba dunha fonte que se remonta aos tempos de liceo e de formación no Colexio Nacional de Buenos Aires, un centro fundado por Mitre e que Ricardo Rojas, tamén historiador e reitor da UBA, chamou «el colegio de la patria», por ser o laboratorio onde se formaron futuros dirixentes políticos, grandes profesionais e celebrados escritores. Naquel centro, que se pode comparar cos grandes liceos europeos (Massimo d'Azeglio en Torino, Louis le Grand en París...), Devoto aprendeu os rudimentos dunha educación reflexiva e nada memorística, na que resultou esencial a crítica de textos, ensinada por Isaías Lerner, un herdeiro da escola creada en Buenos Aires por Amado Alonso e os seus discípulos Raimundo e Rosa Lida.

Devoto podería ter derivado cara a unha especialización filolóxica ou literaria, pero escolleu, talvez pola presión ambiental da Arxentina de finais dos sesenta, ser un historiador, sen nunca caer nas trampas dunha historia militante.

El conxurou aquela tentación por dúas vías diferentes. Nos seus estudos universitarios, grazas ao maxisterio de Haydée Gorostegui, unha antena da historiografía francesa na universidade de Buenos Aires, e á influencia intelectual de José Luis Romero, Gino Germani e, sobre todo, de Tulio Halperín Dongui, xa daquela exilado, pero que deixara na universidade arxentina unha pegada indeleble no ensino da historia, como ten evocado o historiador Juan Carlos Garavaglia, cinco anos maior que Devoto, no seu libro *Una juventud [argentina] en los años sesenta*. Como egresado, o profesor Devoto encontrou un acubillo temporal na Universidade del Salvador, rexida polos xesuítas, pero era conscente de que debía buscar fóra o que non atopaba dentro da Arxentina, como fixeron algúns dos seus mestres e dos seus compañeiros de xeración, que saíron cara a Berkeley, Nova York, París, Oxford ou Madrid: Tulio Halperín, Isaías Lerner, Juan C. Garavaglia, Ezequiel Gallo, Reina Pastor...

A decisión de «andar por fóra» e vir a Europa, por azarosa que pareza, fixo de Devoto un historiador «nómada», o que lle permitiu tecer lazos cada vez máis fortes coa historiografía europea, fuxir das inclemencias políticas do seu país e, sobre todo, encontrar redes e tramas intelectuais novas, construídas en liberdade. A súa pasarela primeira foi unha bolsa de estudos na universidade romana *La Sapienza*, encomendada a un profesor ben ilustre pero que non o coñecía, Renzo de Felice. De Felice era xa o sólido experto sobre Mussolini e o fascismo italiano, pero a bolsa fóra concedida coa condición de se dedicar ao estudo da inmigración italiana na Arxentina. O orientador deixou facer e o bolseiro comezou a estudar de modo autodidacta. Un azar burocrático que marcou fortemente unha vida de investigador.

Foi en Italia onde comezou a especializarse nos estudos migratorios, pois alí sentiu falar de cadeas migratorias a Gian Fausto Rosoli e Sam Baily; e de redes, ao historiador piemontés Franco Ramella. E foi en Italia onde atopou o estímulo, en materia de investigación, que non tivera na Arxentina. A inmersión italiana foi completa: alí seguiu de perto os debates promovidos pola poderosa cultura comunista, a través de nomes como Emilio Sereni ou Rosario Villari, e alí puido apreciar as novidades da *microstoria* ou dunha historia económica máis cultural do que econométrica, seguindo as pautas de historiadores como Luciano Cafagna. A impronta italiana na carreira investigadora e na concepción da historia en Fernando Devoto foi moi profunda, bebendo mesmo na forte diversidade rexional da cultura do país transalpino, desde a capital romana ou Nápoles, onde aínda sentiu ecos do maxisterio de Benedetto Croce, ata Torino, sostida por unha poderosa comunidade intelectual de tradición liberal, como o antigo *azionista* Franco Venturi, ou formada por persoas de orixe hebrea, como Arnaldo Momigliano, Carlo Ginzburg e Giovanni Levi.

En suma, que foi en Italia onde renaceu como historiador e como intelectual, de modo que —e cito as súas palabras— «tengo una enorme deuda de gratitud hacia la cultura y la historiografía italiana», que non deixou de frecuentar desde a súa viaxe iniciática de 1980. Non estraña que Italia se convertese na primeira das varias segundas patrias que posúe, agora acrecentada grazas á vinculación coa cidade e a universidade de Verona, onde lecciona a súa compañeira, aquí presente, Federica Bertagna, tamén experta en temas migratorios e en exilios italo-arxentinos.

Logo viría o reencontro con Francia, coa figura mediadora de Ruggiero Romano e, máis tarde, de Jacques Revel, que o levou a tecer relacións máis fortes co grupo da revista *Annales* e coa EHESS parisina, que sigue mantendo de modo periódico, con análises da memoria, conmemoracións e usos públicos do pasado, no seminario e revista *Futurs Passés*, dirixida por Sabina

Loriga. E non se poden esquecer as súas relacións con España, iniciadas a finais dos setenta co grupo de historia económica de Barcelona, dirixido por Jordi Nadal e, anos máis tarde, cos estudos americanistas ou migratorios das universidades de Valencia ou de Oviedo e, sobre todo, con Santiago de Compostela onde, felizmente, acabou por sentar cátedra desde hai uns vinte anos, como xa antes se dixo, grazas á acollida que lle prestaron naqueles primeiros tempos, entre outros, a profesora Pilar Cagiao.

De modo paralelo, achegouse á historiografía do ámbito iberoamericano, intercalada con algunhas fugas aos Estados Unidos de América e á tamén sólida tradición historiográfica brasileira. Un libro, *Brasil-Argentina*, escrito a catro mans co historiador paulista Boris Fausto, é un dos mellores exemplos que se teñan escrito nunca sobre un asunto tan invocado como escasamente logrado como é a historia comparada. A orixinalidade deste libro é que a comparanza non está concibida de modo paralelo ou superposto —como é tan frecuente—, senón a través dun discurso único, integrado e coherente, no que os dous autores coñecen e falan con solvencia de ambos os países. Todas estas relacións, nadas na Arxentina pero agrandadas en longas estadas no estranxeiro, fixeron de Fernando Devoto un historiador internacional, con presenza regular en congresos científicos (de historia, de historia económica ou de demografía) e nas revistas especializadas.

Pero ser internacional significa tamén ser nacional. O profesor Devoto non renunciou a un *cursus honorum* arxentino, como profesor catedrático da UBA e como director de investigacións que, desde Buenos Aires, logrou acadar unha influencia moi notable dentro e fóra da Arxentina. Na universidade, ensinou teoría e historia da historiografía. En centros paralelos á universidade, desenvolveu un proxecto de investigación sobre os estudos migratorios entendidos *lato sensu*.

O estudo das migracións contaba daquela cunha venerable tradición de análise cuantitativa dos seus fluxos, análises dos

destinos e políticas públicas que os estimularon ou bloquearon, segundo a vella expresión de *push and pull*, isto é, das forzas de expulsión e de atracción que marcan aqueles fluxos. Dado que as migracións europeas se converteron en fenómeno masivo (con taxas de saídas anuais superiores ao catro por mil da poboación) con destino preferente ao continente americano (Estados Unidos, Arxentina, Canadá e Brasil), a súa influencia tanto nos países de orixe como de destino foi profunda en ambos os casos. E co apoio das redes internacionais de estudos migratorios logrou construír un centro especializado nesta materia.

Así naceu o Centro de Estudos Migratorios Latinoamericanos, máis coñecido como CEMLA, do que Devoto foi o seu responsable durante máis de vinte anos. Un centro asentado en Buenos Aires, con liñas de investigación propias, contactos internacionais e unha revista prestixiosa. Naquela contorna publicou Devoto un cento de artigos e varios libros que trataban de explicar, de forma matizada, a definición da Arxentina, por parte do historiador José Luis Romero, como «sociedade aluvial». Entre aquelas obras, permítaseme citar dúas que, con versión española e italiana, consagraron a Devoto no campo da historia das migracións: *Historia de la inmigración en la Argentina* (2003) e *Historia de los italianos en la Argentina* (2006). Despois da análise das ideas políticas, chegaban os libros que desentrañaban a forma de se constituír a moderna sociedade arxentina, aparentemente pouco nativista, feita sobre ondadas de inmigrantes europeos brancos, pero non exenta de tensións ou de segregación cultural interna.

A aproximación de Devoto ás cuestións migratorias modifica moitos enfoques previos. A chegada masiva, en aluvión, remitiría a estudos cuantitativos, de medición de inmigrantes e de retornados. Pero non foi este o camiño seguido. A aposta foi estudar as *cadeas migratorias* no canto dos fluxos, analizar as *redes* trazadas polos inmigrantes no canto de se contentar con enfoques macro ou estruturais, sexan demográficos ou

sociolóxicos: sempre en primeiro termo, os problemas, as preguntas e as experiencias particulares, que deben ser comprendidas nos marcos xerais. En suma, que logrou facer unha historiografía de precisión para reformular os problemas das migracións nos contextos culturais e políticos de finais do século vinte e refinar a imaxe pública dos inmigrantes, na Arxentina e no mundo occidental, que estaba daquela —el poderíamos decir que xa non está?— chea de prexuízos ou de solucións falsas como o *crisol de razas* ou as bondades do asimilacionismo.

A obra do historiador Fernando Devoto, con ser moi relevante no campo das migracións, tivo outras miradas, vinculadas a grandes debates historiográficos, tanto dentro como fóra da Arxentina. Xa aludín aos seus estudos sobre as ideas políticas arxentinas e a súas achegas ao campo da historiografía. Unha das súas primeiras obras, *Entre Taine e Braudel* (1992), facía un percorrido polas grandes liñas da historiografía francesa desde a terceira República ata aos anos setenta do século pasado. Eran ensaios sobre temas específicos: as orixes da Francia contemporánea, a polémica entre historiadores e sociólogos (personalizada nos nomes de Charles Seignobos e François Simiand), o papel do espazo ou «terra», de inspiración barresiana, e do tempo na perspectiva da *longue durée* de Fernand Braudel, na interpretación dos feitos históricos. Alén destas referencias cultas, os ensaios tiñan a finalidade de colocar algúns debates metodolóxicos no campo da historiografía arxentina.

O seu traballo neste eido, compartido en varias publicacións coa súa discípula Nora Pagano, tivo algúns resultados concretos en obras de síntese sobre a historiografía arxentina e a dirección de obras colectivas sobre *La historiografía académica y la historiografía militante* (2004) e a obra de balance, *Historiadores, ensayistas y gran público*, centrada nos anos 1990 a 2010. Son obras de reflexión e de crítica, de alerta sobre as influencias de escolas historiográficas —de *Annales* ao materialismo histórico—, de análise das relacións entre pasado e presente e do papel do

historiador na sociedade actual. Dito nas súas propias palabras, «hacemos historia porque queremos responder interrogantes que surgen en nosotros mismos».

A obra de Devoto, tanto nos seus balances historiográficos como nas reflexións máis metodolóxicas, mostra que existe unha coherencia evidente entre a súa educación como membro dunha comunidade profesional de historiadores e o estilo con que enfoca toda a súa investigación. Non hai nada que non sexa considerado á luz dos contextos académicos e históricos nos que se producen os acontecementos e feitos analizados. O resultado é unha forma de traballo e de análise que acode constantemente como método explicativo á *historicidade* —para dicilo en palabra de François Hartog—, pero a considerable distancia dunha *historia historizante* que tanto combatera Lucien Febvre. A obsesión do Devoto como historiador maduro é aplicar a máxima do historicista alemán Gustav Droysen de comprender (*verstehen*) e non de xulgar, porque, como ten advertido máis dunha vez, os «xuízos morais sobre a historia raramente teñen sido sinónimo de boa historiografía».

Nos seus textos insiste decote en que procura «itinerarios», «camiños», ou «cadeas» que enlazan emocións individuais e grupais, pero raramente fala de «destinos» inexorables ou de certezas inapelables. Un exemplo desta forma de analizar o presente con ferramentas e mirada propia dun historiador atopámolo nun dos seus últimos traballos, «Conocimiento histórico y dictaduras» (*Pasajes*, 2015), centrado nun estudo de caso: as acusacións de convivencia coa ditadura arxentina de Jorge Bergoglio, antes e despois de ser elexido papa, co nome de Francisco, en 2013. Nese artigo desenvolve unha coidada argumentación sobre os usos do pasado e a manipulación política dos mesmos, advertindo que, fronte ás complexidades de todo acontecemento, sempre haberá, «incluso entre los historiadores de profesión», os que procuren «verdades claras», «esquemas binarios», ou ser «jueces suplentes del valle de Josafat». Non se trata tanto de defender a

máxima rankeana («contar as cousas como sucederon») como de considerar o camiño inverso, dacordo con Reinhardt Koselleck: tamén é preciso contar como efectivamente *non* sucederon...

Un texto de Carlos Altamirano, experto arxentino en historia intelectual, afirma que, de cando en vez, aparecen no panorama intelectual figuras singulares ás que se pode cualificar de auténticos *scholars*, etiqueta propia de quen é capaz non só de dominar unha disciplina científica, senón de mudar as ideas recibidas, ou sexa, os paradigmas cos que se realizan preguntas, se escollen os enfoques, se dialoga cos coetáneos —próximos e afastados— e se presentan os resultados. Altamirano estaba a referirse, direi que con toda a razón, a José Luis Romero, o máis grande historiador latinoamericano do século XX. Daquela liña aberta por Romero desde os anos corenta xurdiu Tulio Halperin Donghi e, tempo andado, o noso doutor de hoxe, Fernando Devoto, que atesoura unha das calidades imprescindibles do científico de calquera das facultades: facer as preguntas correctas antes de caer na angustia de atopar as respostas.

Isto explica que Devoto fose quen de se converter en *scholar*, con mestres relevantes e con numerosos discípulos e discípulas, tanto na Arxentina como fóra. Este percurso científico foi feito desde unha periferia, pero sendo conscente de que (e cito) «importa saber desde donde se habla» para evitar a inocencia de se encomendar ao canon central. Desde esa conciencia é posible colocar algúns temas de investigación non canónicos na axenda historiográfica internacional que, no seu caso, foi sobre todo o estudo das migracións. Este exemplo intelectual tamén é un desafío para nós, en tanto que imaxinada comunidade profesional de historiadores que traballamos desde esta universidade, menos periférica do que por veces pensamos, sobre temas locais que teñen sentido xeral ou universal.

Señor reitor, caros colegas, vou dar cabo á miña intervención, volvendo ao ámbito universitario concreto que nos acolle.

Parece innecesario insistir no feito de que o ingreso de Fernando Devoto no elenco de doutores *honoris causa* desta Universidade é motivo de satisfacción e mesmo de orgullo para a institución. Pero engadirei unha referencia institucional, pois son moi poucos os historiadores, *tout court*, que mereceron esta distinción, malia estar a punto de se cumprir o primeiro centenario da apertura dos estudos de Historia en Santiago e ser, por tanto, a cuarta facultade máis antiga. A primeira persoa digna de tal honra foi o medievalista francés Georges Duby, investido como tal en 1992, ao que seguiu o arqueólogo portugués Jorge de Alarcão en 1996 e o historiador da arte e galego de nación, Antonio Bonet Correa, en 2013. Hoxe ingresa o historiador Fernando Devoto que, alén destes nomes, pasa a compartir esta honra co antigo presidente da República Arxentina Raúl Alfonsín, condecorado certamente por razóns diferentes ao novo doutor, no ano 1988. Pero camiñando río arriba, encontramos que o primeiro dos doutores *honoris causa*, foi Gumersindo Busto, investido en 1934 aínda que non mediase unha cerimonia análoga á presente.

Nesta mención do primeiro e último, polo de agora, dos doutores *honoris causa* composteláns hai algo de xustiza poética. Gumersindo Busto foi un emigrante da retroterra compostelá que fixo fortuna na Arxentina, onde exerceu de escribán, que non se esqueceu da súa patria natal e da necesidade de agrandar a súa, daquela, única universidade. O seu legado foi o apoio ao campus da «Residencia» e, sobre todo, a chamada Biblioteca América, unha das xoias patrimoniais desta universidade, con varios milleiros de libros e obxectos (flora, fauna, etc.) de temática americanista. Aquel emigrante galego nunca tivo a oportunidade de dialogar da súa experiencia migratoria, e do sentido do seu legado, cun experto que o puidese entender. A partir de hoxe poderá facelo, ben que sexa de forma imaxinada, grazas á chegada de Fernando Devoto á galería dos *honoris causa* composteláns. Se o destino está composto dunha «suma de azares», ben podemos dicir que no recoñecemento do emigrante Busto estaba

determinado que algún día chegaría a vez do experto en migracións, que é Fernando Devoto, anoando máis unha vez Santiago de Compostela con Santa María del Buen Aire.

Quero acabar cuns versos de Jorge Luis Borges, publicados no poemario de título ben universitario (*Cambridge*, 1969), que aluden ao material que usamos os historiadores («Elogio de la sombra»). Son versos nos que albisco algunhas ansias, dúbidas e pensamentos que rondan de vello a mente do novo doutor, atento lector dun dos máis excelsos non-premios Nobel que a literatura mundial posúe (e cito):

Somos nuestra memoria,
Somos ese quimérico museo de formas inconstantes,
Ese montón de espejos rotos...

En consecuencia, e por todas as razóns aquí alegadas, solicito do señor reitor que proceda a investir o profesor Fernando Devoto como doutor *honoris causa* pola Universidade de Santiago de Compostela, cos atributos e regalías que lle corresponden.

Dixen.

**DISCURSO DE BENVIDA
AO NOVO DOUTOR *HONORIS CAUSA* PRONUNCIADO
POLO EXCMO. SR. REITOR MAGNÍFICO
DA UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA
PROF. DR. D. ANTONIO LÓPEZ DÍAZ**





Cun ano longo de retraso sobre o inicialmente programado, celebramos este acto solemne de investidura do profesor Devoto como doutor *honoris causa* da nosa Universidade. A pandemia que nos asola impediu que se puidera celebrar como era o noso desexo na primavera de 2020 e só agora, cando grazas aos avances da ciencia dispoñemos de vacinas, podemos facer realidade a entrada do novo doutor no noso claustro. É verdade que celebramos este acto con limitacións e restricións, cadeiras baleiras, para asegurar a distancia interpersoal, e a máscara cubríndonos o rostro. Sen embargo, estas non nos impiden o uso da palabra e as solucións tecnolóxicas permiten que poidan seguir o acto os que non poden estar presencialmente neste paraninfo, calquera que sexa o lugar do mundo no que se atopen.

Hoxe acolle este acto solemne o salón que recibe a denominación de *Paraninfo da Universidade* dende a visita real de Isabel II a este edificio da institución, con ocasión da viaxe oficial que a raíña fixo a Galicia entre o 1 e o 14 de setembro de 1858, tamén ano santo en Compostela, como este Xacobeo 2021-2022 que estamos a vivir. Con independencia de que as obras que actualmente se desenvolven no colexio de Fonseca dificulten o uso do espazo tradicional do seu Salón Nobre para estes actos, tanto a vinculación do profesor Devoto coas materias obxecto de estudo e

ensino na Facultade de Xeografía e Historia —hoxe asentada neste edificio— como o feito de que fosen esta mesma Facultade e o seu Departamento de Historia os que impulsaron inicialmente a proposta de *honoris causa*, fan que este sexa o espazo máis acaído para tan solemne acto.

Vestímonos de gala, como require a ocasión, para incorporar ao noso claustro de doutores *honoris causa* o profesor Fernando J. Devoto como unha honra, en prenda de amizade e polos méritos acreditados, como puxo de relevo na súa *laudatio* o profesor Villares, a quen queremos tamén recoñecer neste acto, uns meses antes de que acceda á condición de emérito, toda unha vida dedicada ao estudo e á docencia, servindo á Universidade ata nas máximas responsabilidades de reitor, e comprometido sempre con Galicia e a súa cultura.

O profesor Devoto ten acreditada tamén unha dilatada traxectoria docente e investigadora, iniciada xa en 1974, traxicamente interrompida polos acontecementos desenvoltos en 1975 ata concluír coa interrupción do réxime constitucional o 24 de marzo de 1976. Se antes, en 1966, na coñecida como «la noche de los bastones largos», se buscou un baleirado da Universidade pola vía da exclusión, nese ano 75 aparecía mesmo a morte como un recurso para o seu sometemento, ao que se engade a redución de prazas de acceso, o establecemento de aranceis e unha redución orzamentaria do 45%.

A partir do restablecemento democrático na Arxentina, retoma o noso novo doutor a súa carreira docente e unha dilatada actividade investigadora profundamente vencellada con Europa, e moi especialmente con Galicia e coa nosa Universidade. Non é por acaso que esta vinculación se deba a que un dos centros de interese dos seus estudos sexan as migracións internacionais, nas que Galicia tivo moito que ver no final do século XIX e no inicio do XX, abríndose unha vía que nos conectou con Latinoamérica e moi particularmente con Arxentina.

E xorde xa aquí un punto de conexión evidente entre o novo doutor e o seu padriño. Moito teñen reflexionado os profesores Villares e Devoto sobre os movementos migratorios e sobre como a inmigración constrúe, en boa medida, a historia das nacións. Así, entre a definición do profesor Villares de Galicia como unha «nación entre dous mundos», e a *Historia de la inmigración en la Argentina* (2002) do profesor Devoto —onde advirte de que a inmigración non é una simple suma que ten como resultado unha historia común senón que afonda nun fenómeno complexo que navega entre as tendencias xerais e as casuísticas particulares da integración dos inmigrantes nos tecidos sociais locais—, as migracións vertebran boa parte do ser e da esencia das sociedades actuais.

Esta capacidade analítica, sintética e relacional da que fai gala o doutor é esencial para entendermos o feito das migracións nas sociedades actuais que, debido a diversos motivos de naturezas opostas, viven en constante tránsito. Dende a busca de traballo e novas oportunidades económicas ata a reunión con familiares migrantes, dende a necesidade de fuxir de conflitos ata escapar de abusos dos dereitos humanos, son moitas as razóns polas que as persoas alimentamos os fluxos migratorios día a día. Tanto é así que na actualidade, o número de persoas que vive nun país distinto do seu país natal é maior ca nunca.

E neste contexto é fundamental conectar o fenómeno das migracións co futuro a curto e medio prazo, é esencial conectar os migrantes coa necesidade de entender e repensar un mundo máis sostible no que a natureza e as persoas sexan os epicentros. Así, a *Axenda 2030 de Desenvolvemento Sustentable* reconece por primeira vez a contribución da migración ao propio desenvolvemento sustentable mundial.

Mais aló da meta específica 10.7 —facilitar a migración e a mobilidade ordenadas, seguras, regulares e responsables das persoas, mesmo mediante a aplicación de políticas migratorias

planificadas e ben xestionadas—, outros once dos dezasete obxectivos conteñen metas e indicadores que son moi pertinentes para a migración ou o desprazamento de persoas.

Todos estes obxectivos e posicionamentos institucionais carecerían de sentido se non houbera, por unha banda, unha revisión permanente do fenómeno migratorio, cunha óptica con base na inmediatez, pero, ao mesmo tempo, unha reflexión máis fonda e conectada coas realidades locais, materia esta última na que o profesor Devoto ten demostrado un saber facer extraordinario. Soamente así, xerando este coñecemento con perspectiva histórica, somos quen de aprender e proxectar unha realidade consciente con coñecemento de causa.

Este acto, no que incorporamos un novo doutor en Humanidades ao noso claustro, é tamén un momento idóneo para compartir con todos vostedes algunhas reflexións sobre o papel esencial das universidades como difusoras da cultura e do coñecemento.

Moito ten cambiado a universidade dende 1930, cando Ortega y Gasset publica na *Revista de Occidente* «La misión de la universidad». Consideraba o pensador que a cultura debía ser a misión esencial da universidade, xuntamente co ensino das profesións, mentres que manifestaba algunhas dúbidas en relación á investigación.

A investigación, porén, foi gañando terreo ata o extremo de postergar en boa medida a misión docente e de formación, pero ese non vai ser o obxecto de hoxe. O que si queremos abordar hoxe é o proceso, case simultáneo, polo que a cultura, e a súa xeración e difusión, perderon peso no catálogo de funcións da universidade, na misión á que se refería Ortega.

A *Magna Charta Universitatum*, asinada en Piazza Maggiore en Bologna, o 18 de setembro de 1988, cando se cumprían 900 anos da creación da *Alma Mater Studiorum*, remarca o papel das universidades en relación á cultura sinalando:

1. Que o porvir da humanidade, ao finalizar este milenio, depende en gran medida do desenvolvemento cultural, científico e técnico, que se forxa nos centros de cultura, coñecemento e investigación en que se converteron as auténticas universidades.

2. Que a tarefa de difusión dos coñecementos que universidade ha de asumir respecto das novas xeracións implica, hoxe, que se dirixa tamén ao conxunto da sociedade, cuxo porvir cultural, social e económico esixe especialmente un considerable esforzo de formación permanente.

3. A universidade —no seo de sociedades organizadas de xeito diverso debido ás condicións xeográficas e á influencia da historia— é unha institución autónoma que, de maneira crítica, produce e transmite a cultura por medio da investigación e do ensino.

Na nova redacción de *Magna Charta Universitatum*, de 2020, malia reforzarse o papel das universidades no desenvolvemento global, e particularmente en relación ás comunidades que lles son máis próximas, perdeu presenza a referencia á cultura:

As universidades teñen un papel e unha responsabilidade cívica. Son parte de redes globais, colexiadas, de investigación científica e erudición, que constrúen sobre corpos de coñecemento compartidos e contribúen a novos avances. Están inseridas nas culturas locais e a súa relevancia é crucial para o seu enriquecemento e futuro. Simultaneamente inmersas en e conectadas con desenvolvementos globais, intégranse completamente e asumen roles de liderado nas comunidades locais e ecosistemas.

En calquera caso, debe terse en conta que a nova versión non despraza a anterior, senón que reitera o compromiso cos principios da declaración orixinal, recollendo estes novos valores.

Se ollamos cara á nosa normativa interna, antes e despois da LRU, veuse falando dos tres piares sobre os que asenta a institución universitaria, docencia, investigación e difusión da cultura, denominándose esta última «o terceiro piar». E, malia a

actual Lei 60/2001. Orgánica de universidades non introducir alteracións substanciais na definición desas funcións, foi gañando protagonismo a transferencia, especialmente referida aos resultados de investigación. É esta a consecuencia dun cambio de percepción da sociedade e dos universitarios, que veñen asumindo como funcións a formación, a investigación e a transferencia do coñecemento e da tecnoloxía, desprazando a difusión da cultura.

Coincido co que ten escrito recentemente Darío Villanueva, reitor que foi desta universidade, cando afirma que «sería moi oportuno —e temo que non está sendo así— que dende as instancias pertinentes se confirmara e defendera publicamente que as misións da universidade xa non son tres, senón catro. As que Ortega formulou e a nova que o desenvolvemento da sociedade do coñecemento demanda». E, engado eu, que non se trata de discutirmos cal é a terceira ou cal debe ser a cuarta, senón de explicitarmos unha vez máis o compromiso coa cultura, tan esencial para o desenvolvemento e mellora da calidade de vida dos pobos, como a transferencia do coñecemento e da tecnoloxía. Segue a ser importante, como sinalaba Ortega, devolver á universidade a súa tarefa de ilustración da sociedade, de ensinar a esta o inxente acopio cultural que ten chegado ata os nosos días.

E, ao mesmo tempo, parece necesario que esa implicación na difusión e transmisión da cultura e dos seus valores supere o xa vello concepto de extensión universitaria, moi acoutado e vencellado á formación ao longo de toda a vida, que entra de cheo na función docente, e asuma novos roles, apostando pola riqueza inmaterial que a cultura representa porque a cultura é o sistema de ideas desde as que cada época ou momento histórico vive.

Estes convencementos que agora lles traslado tiven ocasión de propoñerlles aos responsables do Ministerio de Universidades de cara á redacción do novo proxecto de Lei Orgánica do Sistema Universitario Español, actuando como comisionado

da CRUE para este bloque de cultura universitaria. Esperemos a ver se a boa recepción inicial da proposta se plasma no texto da norma e serve así para reactivar ese binomio cultura/universidade, que brillou no pasado e que ten un enorme papel por xogar diante dos retos deste século XXI.

Confiemos na capacidade das normas para cambiar a realidade e en podermos asistir ao rexurdimento do compromiso decidido da universidade coa cultura. Irémonos achegando así ao tantas veces citado desexo de Castelao:

Vexo a Universidade de Santiago, convertida en cerebro de Galiza, irradiando cultura e saber, máis alá dos lindeiros naturais da nosa Terra.

Dixen.

Recolle este volume
os discursos pronunciados
no acto de investidura
de D. Fernando J. Devoto
como doutor *honoris causa*
pola Universidade de Santiago de Compostela.



Safu do prelo no verán de 2021

